



INVITACIÓN A LEER
LA CARTA APOSTÓLICA

DESIDERIO DESIDERAVI

La frescura de la liturgia

ALGUNAS APORTACIONES PARA QUE
LAS ACCIONES CATÓLICAS ASUMAN
DECIDIDAMENTE LA CARTA APOSTÓLICA
SOBRE LA FORMACIÓN LITÚRGICA
DEL PUEBLO DE DIOS.

WWW.CATHOLICACTIONFORUM.ORG



ÍNDICE

- 1 / ➡ La liturgia para el papa Francisco
- 7 / ➡ ¿Por qué es un documento sui generis?
- 9 / ➡ Un tema inusual para la teología litúrgica: el deseo
- 13 / ➡ Recorriendo el texto en su conjunto
- 15 / ➡ ¿Qué es la liturgia?
- 19 / ➡ El asombro de la liturgia nos salva de las enfermedades del espíritu
- 24 / ➡ La formación litúrgica
- 31 / ➡ Conclusión e invitación

Desiderio desideravi, la frescura de la liturgia

Textos de don Marco Gallo

Director del Instituto Superior de Liturgia (ISL) de París

La carta apostólica *Desiderio desideravi* (DD), firmada por el papa Francisco el 29 de junio de 2022, ofrece una reflexión intensa y accesible sobre la liturgia, la espiritualidad y la pastoral. Este breve y rico escrito merece ser releído con atención. De hecho, retoma los temas fundamentales del magisterio de Francisco y relanza un itinerario formativo de pastoral litúrgica para las comunidades concretas. Proponemos una clave de lectura reflexionando juntos y dando la palabra con la mayor frecuencia posible al propio Francisco.

La liturgia para el papa Francisco

El magisterio de los escritos

La enseñanza del papa Francisco sobre la liturgia nunca ha tenido la preocupación de ser sistemática. Sin embargo, incluso con una simple mirada a la lista de sus numerosas intervenciones al respecto, se aprecia la amplitud y la centralidad del tema en su pontificado. Tres cuestiones principales lo atraviesan:

1. Cuidar la continuidad con el Concilio Vaticano II
2. El vínculo entre la celebración y la forma de la Iglesia
3. La gran obra en construcción de los ministerios hoy en día.

El Vaticano II fue un servicio al Evangelio y al pueblo

La referencia constante a las constituciones conciliares es evidente. Para Francisco, ya desde la primera entrevista de 2013, esto debía tenerse en cuenta en forma de un acontecimiento providencial:

El Vaticano II fue una relectura del Evangelio a la luz de la cultura contemporánea. Produjo un movimiento de renovación que proviene simplemente del mismo Evangelio. Los frutos son enormes. Basta recordar la liturgia. La labor de la reforma litúrgica fue un servicio al pueblo como relectura del Evangelio a partir de una situación histórica concreta. Sí, hay líneas de hermenéutica de continuidad y discontinuidad, pero una cosa está clara: la dinámica de lectura del Evangelio actualizada en el hoy, que fue propia del Concilio, es absolutamente irreversible¹.

Es la propia naturaleza teológica de la liturgia, tal y como se precisó en el concilio, la que nos empuja vigorosamente más allá de lo que vivimos celebrando, a exigir una verdadera participación activa de todos los fieles que aún no existe. Por ello, el discernimiento eclesial llevó desde Pío XII a abrir la gigantesca obra de la reescritura minuciosa de todos los rituales católicos. Pero hay que dejar una cosa muy clara: la reforma litúrgica se concibió como un instrumento y no como el fin del trabajo. El objetivo es dejarse convertir pacientemente al Señor, dejarse moldear por Él a través de la disciplina de la acción ritual, reformarse como comunidad sinodal presidida por Él en el camino hacia el Reino. DD es una carta que encaja casi espontáneamente en este primer gran cauce, en continuidad con el concilio.

¹ A. SPADARO, , *Entrevista al Papa Francisco*, La Civiltà cattolica 2013, 449-477, 467.

¿Qué Iglesia surge de la liturgia?

Continuar en este proceso justifica evidentemente la frecuencia de las intervenciones de Francisco sobre el tema eclesiológico y los ministerios. En el primer aspecto, entre los textos más significativos hay que recordar sin duda *Magnum Principium* (2017), la instrucción que regula la traducción y adaptación de los rituales en las diversas lenguas y culturas, documento que confiere a las iglesias locales una responsabilidad inédita y central, y *Traditionis Custodes* (2021), el *motu proprio* que sanciona sin ambigüedades la unicidad del rito romano en fidelidad al Concilio:

Sería banal leer las tensiones, desgraciadamente presentes en torno a la celebración, como una simple divergencia entre diferentes sensibilidades sobre una forma ritual. La problemática es, ante todo, eclesiológica. No veo cómo se puede decir que se reconoce la validez del Concilio –aunque me sorprende un poco que un católico pueda presumir de no hacerlo– y no aceptar la reforma litúrgica nacida de la Sacrosanctum Concilium, que expresa la realidad de la Liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita admirablemente por la Lumen Gentium. Por ello – como expliqué en la carta enviada a todos los Obispos– me sentí en el deber de afirmar que “los libros litúrgicos promulgados por los Santos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, en conformidad con los decretos del Concilio Vaticano II, como única expresión de la lex orandi del Rito Romano” (DD 31).

La gran obra de los ministerios y el aliento de la bendición

También es muy relevante el trabajo realizado en relación con los ministerios. A este respecto, Francisco ha corregido la brecha entre el derecho y la realidad litúrgica, reconociendo que la reserva de los ministerios instituidos a los varones establecida por Pablo VI podía desaparecer hoy en día (*Spiritus Domini*, 2021). Ese mismo año instituyó el nuevo ministerio del catequista (*Antiquum Ministerium*,

2021) y, al hacerlo, confirmó que el vínculo con la liturgia es la base de todo servicio eclesial, porque nace de ella con un rito instituyente y siempre vuelve a ella, al servicio de la unidad del cuerpo eclesial. Por último, es significativa la innovadora y no tradicional teología de la bendición contenida en *Fiducia Supplicans*, en la que se encuentra una lógica de liturgia de frontera, que no se detiene en las lógicas justas de pertenencia típicas de los sacramentos, sino que trata de responder a la naturaleza de libertad de la gracia de Dios y de la apertura universal de los vivientes a Él.

Se debe también evitar el riesgo de reducir el sentido de las bendiciones solo a este punto de vista, porque nos llevaría a pretender, para una simple bendición, las mismas condiciones morales que se piden para la recepción de los sacramentos. Este riesgo exige que se amplíe más esta perspectiva. De hecho, existe el peligro que un gesto pastoral, tan querido y difundido, se someta a demasiados requisitos morales previos que, bajo la pretensión de control, podrían eclipsar la fuerza incondicional del amor de Dios en la que se basa el gesto de la bendición.
(FS 12)

El magisterio de los gestos

Sin embargo, hay todo un magisterio no menos relevante en el escrito que hay que destacar, puesto en práctica con obstinación por Francisco no en los textos, sino en los acontecimientos en los que ha involucrado a la Iglesia y al mundo desde el comienzo de su pontificado. Y literalmente desde el primer instante: nada más asomarse a la logia de San Pedro el 13 de marzo de 2013, Francisco dejó sin aliento y dio la palabra a la plaza, involucrándola en el rito de sabor totalmente patristico del pueblo que reza por su nuevo pastor. Francisco quiso recibir el primer gesto litúrgico antes de donarlo, y esto ya, es un magisterio muy explícito sobre lo que es la liturgia cristiana. Si, de hecho, es un acontecimiento que tiene su origen en la obra de Dios que

involucra a la humanidad, la estructura de cada celebración es siempre dialógica. Así, el pueblo presente se convierte en asamblea y no sólo en destinatario, sujeto solicitado y luego reconocido como depositario de un cierto «olfato» profético.

Celebrar sobre las fracturas del mundo

Apenas dos semanas después de su elección, y luego cada vez que le fue posible, Francisco celebró la misa *in coena Domini* en una cárcel. Lavar los pies a los reclusos y reclusas (el propio Papa cambió en 2016 la rúbrica del misal que obligaba a elegir sólo a personas de género masculino) significa forzar excepcionalmente el ritual y hacer que el triduo santo comience fuera de la catedral. La liturgia se desplaza hacia las rupturas, entre aquellos «experimentan cada día —además de la dureza de la reclusión— el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto.» (SPN 10).

Su primer viaje apostólico organizado, tras ver las imágenes de uno de los trágicos naufragios de migrantes, fue a Lampedusa el 8 de julio de 2013. Allí, la liturgia fue precedida por el depósito de flores en el mar a las puertas de Europa, en un cementerio acuático, y se celebró pidiendo el don de las lágrimas contra la globalización de la indiferencia.

Por regla general, después de cada uno de sus viajes, Francisco se detiene para realizar un acto de devoción privada ante el icono mariano *Salus populi romani*, venerado en Santa María la Mayor. En estos pequeños actos de culto, el Papa realiza una de esas acciones de piedad popular que en *Evangelii Gaudium* ha reconocido como «lugar teológico» (EG 126).

La liturgia como magisterio

Sería bonito reconstruir paso a paso toda la historia de este magisterio de los gestos realizados por el Papa. ¿Cómo no recordar la

extraordinaria vigilia del 27 de marzo de 2020? Cuando el motor del mundo se atascó dramáticamente por la pandemia del Covid, Francisco aceptó la sugerencia de don Marco Pozza y puso otra señal litúrgica memorable. Ese día, el mundo encerrado en casa vio la procesión de un sólo hombre, que subía cojeando al atrio vacío de San Pedro, bajo la lluvia: «Caminaba así, solo, pensando en la soledad de tanta gente. Un pensamiento inclusivo, un pensamiento con la cabeza y con el corazón, juntos. Sentía todo esto y caminaba». Por primera vez en la historia de la humanidad, una tragedia había congelado también los ritos: el Papa celebró entonces entre las sirenas de las ambulancias de una Roma espectral, involucrando al mundo en el silencio ante el Cristo dormido en la tormenta de Mc 4 y en la Cruz de San Marcelo al Corso. Si durante la peste se pedía piedad a Dios, sospechoso de ser el causante del flagelo, y se utilizaban oraciones dramáticas contra la enfermedad, Francisco, en cambio, asume el tono sabio y humilde de quien pide ayuda y llama a todos a aprender a vivir respetuosos «en el mismo barco».

Este carácter vital de la liturgia es tan fuerte que, en algunas ocasiones, el Papa ha considerado necesario recurrir a gestos rituales incluso en contextos muy tensos y delicados, como cuando, en abril de 2019, se inclinó penosamente para besar los pies de cada uno de los representantes de las facciones en lucha sangrienta en Sudán del Sur, implorándoles que sintieran su responsabilidad, para que discutieran animadamente entre ellos, pero se mostraran unidos ante el pueblo, para convertirse en «padres de la nación».

Desde las periferias, hermanos todos

Hay muchos otros gestos litúrgicos que podrían citarse, todos ellos capaces de impulsar la liturgia hacia las fracturas de la historia y la sociedad. Evocamos al menos las liturgias penitenciales en las que se confesó la vergüenza por los escándalos de abusos, la bendición de las devociones de los pueblos brutalizados por los colonos, como en

Canadá, en el lago de Santa Ana. El Papa ha mostrado en repetidas ocasiones con su actitud el esfuerzo por que los ritos sean acogedores para las personas con discapacidad («¡O todos, o ninguno!»), los lactantes, las personas marginadas, ha creado cardenales de iglesias minúsculas (Mongolia), ha insistido varias veces hablando de los ritos adaptados (el zaireño o los citados en *Querida Amazonia* 82), para que la catolicidad de las celebraciones no sea uniformidad, sino comunión en las diferencias. No se pueden pasar por alto ocasiones históricas como la visita a la Iglesia luterana de Suecia con motivo del 500 aniversario de las tesis de Lutero, con la oración común, o los momentos de escucha y espiritualidad compartidos con líderes de diferentes confesiones: la imagen del Papa junto al anciano ayatolá Sistani en Dadjaf evoca la estancia de dos patriarcas en paz.

Desiderio desideravi llega, pues, como resultado de un intenso trabajo intelectual y pastoral, un escrito capaz de volver a poner sobre la mesa de cada uno la cuestión crucial: « La fe cristiana, o es un encuentro vivo con Él, o no es.» (DD 10).

¿Por qué es un documento *sui generis*?

Ya desde 2005

Antes de entrar en los detalles del texto, conviene volver a leer la carta y preguntarse de qué se trata en concreto. Se podría decir que el primer trazo de pluma de este escrito se remonta a un deseo formulado en Roma por el entonces cardinal Bergoglio el 1 de marzo de 2005, cuando, hablando de *ars celebrandi* en la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, pidió que se completara la estrategia deseada por el Concilio de reconocer en el obispo la figura clave de la reforma de la liturgia y de

la Iglesia. A esta línea acertada había que añadir toda una labor de formación de las pequeñas comunidades del territorio, de los sacerdotes y de los ministros laicos. Bergoglio pedía que esto no se concretara en otros textos fundamentales. Así dijo:

Deseo un documento claro y conciso desde el punto de vista expresivo, con una impronta bíblica y litúrgica; un texto de meditación, más que un tratado de teología; exhortativo o, mejor aún, capaz de ofrecer motivaciones, más que jurídico o rubricado. Sin embargo, debería distinguirse de una exposición genérica sobre la espiritualidad sacerdotal, de modo que sea, no obstante, un texto práctico, que considere la celebración de la Eucaristía y, en particular, los diferentes aspectos de lo que debe realizar el sacerdote (Ponencia, 01/03/2005).).

Sentimos la necesidad de meditar juntos, más que de leer un tratado de teología, deseamos un lenguaje alentador y exhortativo más que correctivo, porque necesitamos recuperar el deseo de celebrar. La atención de la Iglesia pase ahora del obispo al presbítero, no separado de su comunidad de bautizados, allí donde se vive la Eucaristía.

En 2015 se pide seguir adelante

Volviendo sobre este mismo tema, una vez convertido en papa, Francisco relanzó la misma sugerencia, hablando a los sacerdotes de la diócesis de Roma el 19 de febrero de 2015 sobre la necesidad de recuperar el asombro de la fe. En su reflexión muy concreta, citaba las muchas dificultades de nuestra liturgia, los abusos y las fragilidades que no han sido muy modificados por intervenciones magisteriales claras y puntuales. ¿Qué hacer entonces? Al papa le parece más útil adoptar un estilo diferente, que parta del deseo y del gesto del Señor.

No conviene que se convierta en una especie de vademécum o manual [...], ni que se ocupe de temas como la música sacra o el arte sacro. Para tener éxito, debe, por el contrario, resistir serenamente la tentación no

solo de decirlo todo sobre todo, sino también mucho sobre mucho: que diga poco y de forma específica; que lo diga bien, con convicción y de forma convincente. (Osservatore Romano, 19 de febrero de 2015))

Pidió así explícitamente la redacción de un nuevo instrumento *sui generis* sobre el tema *del ars celebrandi*, de estilo «franco, directo y sencillo, excluyendo expresiones rebuscadas». Se centrará en la actitud espiritual y pastoral del sacerdote celebrante, porque esta es una de las formas que ahora se consideran oportunas para llegar a todos los demás. A partir de aquí comienza un intenso trabajo que dura más de siete años, porque componer cosas sencillas es a menudo más difícil que formular cosas complejas.

Un tema inusual para la teología litúrgica: el deseo

Después de siete años, la carta se publica con el título: *Desiderio desideravi. Sobre la formación litúrgica del pueblo de Dios*. Ahora bien, acabamos de mostrar que la intención explícita en 2015 era que fuera un escrito sobre el tema *del ars celebrandi* y que se dirigiera principalmente a los sacerdotes. ¿Qué ha ocurrido? Al meditar con cierto detenimiento el texto terminado, nos damos cuenta de la elección que poco a poco se ha ido perfilando. El tema del arte de celebrar ya cuenta con una reciente y significativa literatura magisterial, que se cita en el texto y en sus escasas notas. Sin embargo, en los últimos años, hablar explícitamente de este tema no ha cambiado mucho las muchas dificultades que surgen continuamente con respecto a la forma en que se sigue celebrando. Por el contrario, ha corrido el riesgo de quedar absorbido por cuestiones polémicas de las que se quiere intentar mantenerse al margen. De ahí la decisión de hablar de la formación litúrgica de todo el pueblo de Dios, para que

las espadas y las lanzas de las guerras litúrgicas se fundan en rejas y hoces del trabajo serio y apasionado en los campos de las comunidades concretas. Y así, el punto de partida de la profecía llega a la palabra «deseo».

Deseo y liturgia

¿Qué relación hay entre el deseo y la liturgia? ¿No es acaso esta la gran decepción con respecto a las expectativas bien testimoniadas por quienes participaron en el Concilio Vaticano II, es decir, que la liturgia en la que tanto hemos trabajado no es deseable? La reforma y todo el Movimiento Litúrgico que la precedió se explican con el proyecto de derribar el muro entre liturgia y espiritualidad: una vez comprendida su naturaleza propia y reestructuradas sus dinámicas rituales, se esperaba poder ser formados por la liturgia para una acción deseable y vital. A las comunidades que, en cambio, parecen fatigadas en su celebración, el Papa les muestra ahora un camino que puede sanar su deseo, es decir, anunciar que ellas mismas son objeto de deseo, el deseo de Dios por la humanidad. Cuando en DD se habla de deseo, el sujeto es Dios:

“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer” (Lc 22,15) Las palabras de Jesús con las cuales inicia el relato de la última Cena son el medio por el que se nos da la asombrosa posibilidad de vislumbrar la profundidad del amor de las Personas de la Santísima Trinidad hacia nosotros. (DD 2).

El deseo enfermo solo se cura si se percibe a sí mismo dentro del deseo de otro. De poco sirven los grandes proyectos formativos de pastoral litúrgica o los severos pronunciamientos contra los abusos si antes los creyentes no recuperan las ganas de celebrar a la altura del don recibido, la pasión de querer responder a lo que siempre se ha preparado para nosotros.

Antes de nuestra respuesta a su invitación –mucho antes– está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a Misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros. Por nuestra parte, la respuesta posible, la ascesis más exigente es, como siempre, la de entregarnos a su amor, la de dejarnos atraer por Él. Ciertamente, nuestra comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo ha sido deseada por Él en la última Cena (DD 6).

En la última cena, esa confesión de Jesús, *«desiderio desideravi»*, se extiende hasta el fin del mundo y ese «comer con vosotros» incluye a todos los hombres de la historia, incluso a aquellos que aún no saben que están invitados al banquete del Cordero. Desear significa volverse carente y vulnerable: la humanidad no es, pues, solo destinataria o víctima de ese deseo, sino que se vuelve incluso capaz de herir a Dios, capaz de crucificarlo: « todo don, para ser tal, debe tener alguien dispuesto a recibirlo» (DD 3). Aquí nos vemos envueltos en un juego dramático y arriesgado, de vida o muerte. Pero detengámonos aún brevemente para dar a la palabra deseo todo su significado.

La Escritura: deseo, sospecha, aventura amorosa

Palabra de etimología controvertida, el deseo es un término bíblico muy recurrente. La Escritura conoce tanto su lectura positiva como la que enseña su límite.

La literatura sapiencial sabe valorar el impulso vital del deseo. El Eclesiastés anima a disfrutar de los deseos juveniles, en armonía con el juicio de Dios, ahuyentando la melancolía y el dolor (Qo 11,7-11). En la misma línea resuena también el Eclesiástico: « No te prives de un día agradable ni desaproveches tu parte de gozo legítimo» (Sir 14,14). El hombre es el ser que desea, en el deseo está la verdad más verdadera de cada uno. Porque, como luego explicará bien la espiritualidad monástica sobre el tema de *la stabilitas*, estamos realmente en un solo lugar desde el día en que nos alcanza también el

deseo profundo. La persona fiel, de hecho, no es la que permanece, sino la que desea permanecer. No reza quien está en el coro, sino quien canta deseando estar precisamente donde está. No es devoto al trabajo quien no lo abandona, sino quien se esfuerza eligiendo lo que está haciendo. Se puede continuar esta letanía, pero el estribillo es claro: el hombre auténtico es el ser de sus deseos, aquel en el que sigue soplando el aliento de la vida divina (Gn 2,7).

Sin embargo, la misma Escritura nos advierte: si no aprendemos la sobriedad, el deseo pronto se convertirá en necesidad. Ambos parecen similares, pero tienen una estructura y un resultado opuestos. La necesidad es un anhelo que puede satisfacerse, un apetito en el que el otro es a menudo un obstáculo o un instrumento. El deseo, en cambio, es simbólico e infinito, y guarda el rostro del otro, ante el cual encontrar reconocimiento y limitarse. Desear es una acción que conoce su propia imposibilidad tendencial, sabe disfrutar de las limitadas anticipaciones simbólicas, preserva la diferencia insatura y el espacio del otro que habita conmigo. Dios es plenamente cómplice de esta dinámica de vida y límite, deseo y sobriedad. Dios salva el deseo poniendo un límite, porque no hay deseo que sobreviva donde todo está permitido y es posible. El pecado original se juega todo en la seducción de un fruto que se ha vuelto deseable a los ojos. En el decálogo del Éxodo, es necesario señalar que la ley de la libertad prevé dos de cada diez palabras que ordenan «no desear». Si la codicia es la puerta de muchos males, la sabiduría es encontrar sabor en lo limitado que es lícito. El deseo humano es tan abrumador que, si no se educa, la autodestrucción es inevitable. Pero para erradicar un deseo enfermizo —pensemos en los casos más dramáticos de patología—, el camino no es limitarlo, sino dejarse invadir por un deseo mucho mayor que reste toda la fuerza a los pequeños deseos que se han vuelto obsesivos.

He aquí la extraordinaria paradoja de *Desiderio desideravi*. La Escritura puede releerse en forma de diálogo dramático del Cantar de los Cantares, y se desarrolla en el arco que va desde *el «¿Dónde estás,*

Adán?» del Génesis hasta el «*Ven, Señor Jesús*» que cierra el Apocalipsis. Solo entrar en este gran deseo recíproco entre Dios y la humanidad nos arrancará de nuestros miserables conflictos. Y la lógica de este deseo nos formará en la sobriedad de un arte de celebrar, que será la delicadeza de quien no quiere herir un cuerpo amado que se ha vuelto frágil.

Recorriendo el texto en su conjunto

La estructura

La carta se compone de 65 párrafos y se desarrolla en una estructura bien articulada. Cada sección realiza un intenso trabajo teológico y da paso a la siguiente. Se podría esquematizar así:

- **Algunos números introductorios (nn. 1-3)** explican la ocasión y la naturaleza del escrito, explican el motivo de su título a partir de Lc 22,15 y así introducen la primera cuestión tratada.
- **¿Qué es la liturgia? (nn. 4-16).** La desproporción entre la inmensidad del don y la pequeñez de quien lo recibe introduce una sólida teología del rito de la última cena, como clave para entrar en el misterio de Cristo. Jesús elige una acción ritual que prolonga su salvación en el hoy. Esta lectura teológica de la liturgia conlleva algunas consideraciones concretas que siguen a continuación.
- **La belleza de celebrar (nn. 17-26).** Los dos venenos de la mundanidad espiritual (gnosticismo y neopelagianismo) pueden apagar la vitalidad de la fe. La liturgia es el antídoto, capaz de despertar todos los sentidos del cuerpo de quien celebra, para llevarlo a la experiencia del asombro. Desde esta altura se puede comprender finalmente el doble significado de la expresión conciliar «formación litúrgica».

- **La formación litúrgica (nn. 27-47).** Es necesaria una iniciación a la simbología de lo real y de la celebración para poder vivir la liturgia, y esta labor paciente tiene muchos campos de aplicación. Pero este primer sentido de la formación *en* la liturgia abre luego al sentido más profundo, que es el de la formación *a partir de* la liturgia. El resultado de la práctica ritual de la Iglesia es la conformación a Cristo de una humanidad finalmente capaz de nuevo de símbolos. En este punto se ha alcanzado la intensidad suficiente para tratar el arte de celebrar.
- ***El ars celebrandi* (nn. 48-60).** Incluido en la definición teológica de la liturgia como acción de Cristo (SC 7), reflexiona sobre las múltiples dimensiones que implica el arte de celebrar. Para alcanzarlo se necesita una aplicación asidua, amor por lo bello y una dedicación diligente. Por fin estamos en la mejor disposición para comprender qué es la *disciplina* en la liturgia: no es obediencia a una voluntad externa, sino ternura por un gesto que no me pertenece. He aquí el punto culminante de todo el discurso. Solo a partir del deseo de Dios y del asombro del hombre, el Papa ofrece advertencias, a veces severas y muy concretas, sobre el arte de participar y el de presidir.
- **El único rito de la Iglesia, en el espacio y en el tiempo (nn. 61-65a).** El valor de la reforma conciliar es el de ser un instrumento y no un fin, para que un acto litúrgico alcance la intensidad descrita. Es hora, pues, de superar las divisiones y polarizaciones sobre la liturgia, para practicar en el año litúrgico y en el día del Señor una acción ritual que nos forme continuamente.
- El documento se cierra con **una exhortación a la comunión** (n. 65b), para redescubrir la liturgia como experiencia del amor de Dios, capaz de transformar la existencia y generar unidad en la Iglesia, y con una intensa cita de san Francisco de Asís, tomada de su *Carta a toda la orden*.

Tres perlas preciosas, entre muchas otras

Lo que proponemos ahora no es un comentario ordenado del texto. Su claridad y linealidad lo harían empalagoso e inútil. Intentemos, en cambio, retomar solo tres de las muchas perlas preciosas de la carta, dando la palabra lo más a menudo posible a la propia DD, con la esperanza de que este trabajo pueda dar lugar a alguna actividad de formación litúrgica básica e invitar a una relectura personal del texto, que merece toda nuestra atención.

¿Qué es la liturgia?

La liturgia, donde todas las verdades se dan cita

Adaptando la conocida y fulminante frase de Chesterton sobre la Iglesia católica, se podría decir que la liturgia es el lugar «donde todas las verdades se dan cita». Al observar a una comunidad que celebra un rito, de hecho, se perciben con demasiada claridad sus esfuerzos y sus alegrías, lo que considera valioso, las tensiones que la atraviesan, la personalidad de quien la preside e, incluso, aparece un indicio formidable de cuál es la forma de fe de cada uno de los presentes. La liturgia es, paradójicamente, un acto público y al mismo tiempo personal, tan delicado que desde siempre la humanidad se divide y discute sobre los ritos, porque en ellos aparece lo que en otros lugares queda oculto. También nuestra época conoce guerras litúrgicas, tan escandalosas y tan molestas. Francisco comienza y termina DD rogándonos que salgamos de este conflicto:

Abandonemos las polémicas para escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, mantengamos la comunión, sigamos asombrándonos por la belleza de la Liturgia. Se nos ha dado la Pascua, conservemos el deseo continuo que el Señor sigue teniendo de poder comerla con nosotros. (DD 65)

La invitación es dejarse cautivar por la belleza de la teología de la liturgia, que se narra casi en forma de meditación espiritual, con un tono sereno y sabio, a veces conmovedor. El río kárstico del dolor por el escándalo de las divisiones entre católicos, entre cristianos y entre todos los hombres fluye a lo largo de todo el texto y resurge de vez en cuando. La oración de Jesús, de la que surge la liturgia cristiana, juzga nuestras divisiones históricas y las que se renuevan continuamente:

La oración sacerdotal de Jesús en la última cena para que todos sean uno (Jn 17,21), juzga todas nuestras divisiones en torno al Pan partido, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad. (DD 16)

Dejarse llevar por otra corriente

Pero hay otro río al que abandonarse, el del deseo de la Trinidad por cada ser vivo. La pobreza de quien es enviado a preparar el lugar para el banquete del Cordero no detiene la intensidad de esa corriente originaria y, al mismo tiempo, es una presencia necesaria en su fragilidad, que repite la de los discípulos en la última cena, porque no hay don sin quien lo reciba. El deseo infinito de Dios de comunión con nosotros será insaciable hasta su regreso: « por eso, esa misma Cena se hará presente en la celebración de la Eucaristía hasta su vuelta» (DD 4).

El acto de fe va precedido de las prácticas de escucha, celebración y fraternidad. Así ha sido siempre: la liturgia no se añade a una confianza en Dios que se enciende en otra parte, sino que la hace realidad. Y por eso la última cena es el verdadero sacrificio de Cristo, del que dependen también su cruz y su resurrección.

Si no hubiéramos tenido la última Cena, es decir, la anticipación ritual de su muerte, no habríamos podido comprender cómo la ejecución de su sentencia de muerte pudiera ser el acto de culto perfecto y agradable al Padre, el único y verdadero acto de culto. Unas horas más tarde, los

Apóstoles habrían podido ver en la cruz de Jesús, si hubieran soportado su peso, lo que significaba “cuerpo entregado”, “sangre derramada”: y es de lo que hacemos memoria en cada Eucaristía. Cuando regresa, resucitado de entre los muertos, para partir el pan a los discípulos de Emaús y a los suyos, que habían vuelto a pescar peces y no hombres, en el lago de Galilea, ese gesto les abre sus ojos, los cura de la ceguera provocada por el horror de la cruz, haciéndolos capaces de “ver” al Resucitado, de creer en la Resurrección. (DD 7).

Jesús mismo realiza y ordena repetir un rito en su memoria, porque sin esta clave la cruz será interpretada como desean aquellos que la idearon para demostrar que este hombre que muere, aunque noblemente, no es el Hijo de Dios. Solo la cena da el sentido elegido por Jesús para su Pascua, incluso en su aparición resucitado. Sus ojos siguen siendo incapaces de reconocerlo hasta que son sanados por su voz y su gesto. Nuestros ojos también son como los suyos y para nosotros la Eucaristía no puede ser solo un vago recuerdo de su cena. Necesitamos estar presentes, escuchar también nosotros su voz y encontrarnos con Él.

El poder salvífico del sacrificio de Jesús, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, mirada, sentimiento, nos alcanza en la celebración de los Sacramentos. Yo soy Nicodemo y la Samaritana, el endemoniado de Cafarnaún y el paralítico en casa de Pedro, la pecadora perdonada y la hemorroisa, la hija de Jairo y el ciego de Jericó, Zaqueo y Lázaro; el ladrón y Pedro, perdonados. El Señor Jesús que inmolado, ya no vuelve a morir; y sacrificado, vive para siempre, continúa perdonándonos, curándonos y salvándonos con el poder de los Sacramentos. A través de la encarnación, es el modo concreto por el que nos ama; es el modo con el que sacia esa sed de nosotros que ha declarado en la cruz. (DD 11).

El encuentro con Jesús no se realiza con la adhesión mental o con un comportamiento ético, sino con la inmersión bautismal en su propia muerte y resurrección. El gesto es lo contrario de la magia, práctica que pretende darnos poder sobre lo divino. El bautismo se realiza en

agua bendita, en la que vemos todo el cuidado de Dios al crearla para nosotros con el Espíritu que sopla sobre ella, al perfeccionarla para salvarnos del mal, al unirla a la sangre del Hijo para entregarse todo a nosotros (DD 13). Y así somos nosotros los que, al descender al agua, hacemos el gesto antimágico y cedemos todo nuestro poder a Él, por amor.

La liturgia, participación en la salvación

Al creyente que ama intensamente a Dios no le basta con pensar en Él u obedecer Su ley. Quien ama desea la presencia: el bautismo nos sumerge y nos incorpora a Cristo, y en Él podemos unirnos a su acto de culto perfecto hacia el Padre.

Desde los inicios, la Iglesia ha comprendido, iluminada por el Espíritu Santo, que aquello que era visible de Jesús, lo que se podía ver con los ojos y tocar con las manos, sus palabras y sus gestos, lo concreto del Verbo encarnado, ha pasado a la celebración de los sacramentos. (DD 9).

Esto es la liturgia, dice Francisco, citando a San León: es la vida encarnada del Hijo que continúa de alguna manera y se nos muestra y se deja tocar por nosotros. Por eso, el concilio hizo bien en pedir una reforma para que sea posible una participación plena, consciente, activa y fructífera, indicando la liturgia como fuente primera e indispensable del auténtico espíritu cristiano (SC 14).

Para compartir en grupo:

- Intentemos meditar juntos sobre el pasaje de la última cena en Lucas 22,14-23. Detengámonos ante el intenso deseo expresado por Jesús de comer la Pascua con nosotros.
- ¿Qué encuentro en las celebraciones que he vivido y vivo, en comparación con esta descripción hecha por *Desiderio desideravi*?
- ¿Qué sentimientos experimento cuando oigo que «puede que no seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a misa, la razón principal es porque nos atrae su deseo de nosotros»?

El asombro de la liturgia nos salva de las enfermedades del espíritu

La mundanidad espiritual

En DD encontramos también el tema, tan querido por Francisco, del peligro de la mundanidad espiritual. Ha hablado de ello en varias ocasiones, y ampliamente en *Gaudete et exsultate*, donde ha dedicado todo el capítulo II a los «dos enemigos sutiles de la santidad»: el gnosticismo y el pelagianismo actuales. En DD se hace referencia, sin embargo, en particular a *Evangelii Gaudium* (nn. 93-97). Aquí se explicaba claramente qué es la mundanidad espiritual:

La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal. Es lo que el Señor reprochaba a los fariseos: «¿Cómo es posible que creáis, vosotros que os glorificáis unos a otros y no os preocupáis por la gloria que sólo viene de Dios?» (Jn 5,44). Es un modo sutil de buscar «sus propios

intereses y no los de Cristo Jesús» (Flp 2,21). Toma muchas formas, de acuerdo con el tipo de personas y con los estamentos en los que se enquista. Por estar relacionada con el cuidado de la apariencia, no siempre se conecta con pecados públicos, y por fuera todo parece correcto. Pero, si invadiera la Iglesia, «sería infinitamente más desastrosa que cualquiera otra mundanidad simplemente moral». (EG 93).

A continuación, se introducen las dos formas más comunes de mundanidad espiritual que, para Francisco, son dos formas de herejía antigua que hoy en día siguen difundiéndose con una alarmante actualidad. Se trata del gnosticismo, es decir, la forma de espiritualidad en la que el sujeto permanece encerrado en la inmanencia de su propia razón y sus propios sentimientos. Y del neopelagianismo, la fe de quienes se sienten superiores a los demás porque confían en sus propias fuerzas. Estos dos sutiles enemigos de la santidad, de manera diferente, tienen en común el hecho de no dejar espacio a la gracia. Precisamente por esta razón, enferman la fe y tienen consecuencias desastrosas para la vida de la Iglesia, mucho mayores que los escándalos evidentes.

El asombro de la liturgia como antídoto

Francisco afirma con claridad que, si mantenemos el sentido elevado de la liturgia, entonces estos venenos que nos afectan un poco a todos encontrarán fuerzas que los contrarresten eficazmente precisamente en la celebración. La belleza de la liturgia sin duda podrá más que ellos. Pero la belleza de la que hablamos no surge solo de la escrupulosa aplicación de las rúbricas: esto es necesario, pero no suficiente. Ciertamente, ha llegado por fin el momento de dejar atrás la larga temporada en la que «confunde lo sencillo con una dejadez banal, lo esencial con la superficialidad ignorante, lo concreto de la acción ritual con un funcionalismo práctico exagerado» (DD 22). Sin embargo, lo decisivo es el elemento que subyace al cuidado del espacio, el tiempo,

los gestos, las palabras, los objetos, las vestimentas, el canto, la música, es decir, el asombro por el misterio pascual que se hace presente ahora para nosotros. El asombro del que hablamos no es una vaga sensación de desconcierto ante un rito enigmático o un Dios oscuro. Al contrario, el asombro que nos salva es:

... admiración ante el hecho de que el plan salvífico de Dios nos haya sido revelado en la Pascua de Jesús (cfr. Ef 1,3-14), cuya eficacia sigue llegándonos en la celebración de los “misterios”, es decir, de los sacramentos. Sin embargo, sigue siendo cierto que la plenitud de la revelación tiene, en comparación con nuestra finitud humana, un exceso que nos trasciende y que tendrá su cumplimiento al final de los tiempos, cuando vuelva el Señor. Si el asombro es verdadero, no hay ningún riesgo de que no se perciba la alteridad de la presencia de Dios, incluso en la cercanía que la Encarnación ha querido. Si la reforma hubiera eliminado ese “sentido del misterio”, más que una acusación sería un mérito. La belleza, como la verdad, siempre genera asombro y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la adoración. (DD 25).

Cuando se recupera la capacidad de entrar en la belleza del símbolo ritual, entonces nos asombra cómo nos inserta en lo que representa. «¿Cómo se nos puede escapar lamentablemente la fascinación por la belleza de este don?» (DD 24). En este sentido, entonces se revelan y se curan las dos mayores enfermedades espirituales.

El individualismo se cura con lo objetivo

El gnosticismo tiene hoy terreno fértil, gracias al esfuerzo del hombre posmoderno por salir de sus convicciones subjetivas y de la absolutidad de sus sentimientos. La infósfera digital funciona, aunque no siempre nos demos cuenta, de manera que nos dé la razón en la medida de lo posible, y así nos haga consumir tiempo y recursos. Como efecto de lo que nos propone el algoritmo, las convicciones se refuerzan y las opiniones se polarizan. Todo se acelera y la agotadora ansiedad de seguir el ritmo se cura con dosis masivas de dopamina, de

pequeñas cosas agradables y fáciles, desde muy pequeños. No es extraño que luego se busque en la espiritualidad una práctica compensatoria según el gusto singular, prácticas que no nos fatiguen con palabras y gestos agotadores. La liturgia cristiana, sin embargo, se nos ofrece precisamente como lo totalmente otro de estas prácticas y de las derivas gnósticas que las hacen deseables. Cuando el contemporáneo concediera felizmente su confianza al rito cristiano, descubriría que:

... la acción celebrativa no pertenece al individuo sino a Cristo-Iglesia, a la totalidad de los fieles unidos en Cristo. La Liturgia no dice “yo” sino “nosotros”, y cualquier limitación a la amplitud de este “nosotros” es siempre demoníaca. La Liturgia no nos deja solos en la búsqueda de un presunto conocimiento individual del misterio de Dios, sino que nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para conducirnos al misterio que la Palabra y los signos sacramentales nos revelan. Y lo hace, en coherencia con la acción de Dios, siguiendo el camino de la Encarnación, a través del lenguaje simbólico del cuerpo, que se extiende a las cosas, al espacio y al tiempo. (DD 19).

Los ritmos, los silencios, las palabras, los espacios no son míos, sino «nuestros», de un nosotros potencialmente universal, católico. Hay un objetivo en la liturgia que vale más que el gusto personal, incluso el de quien la preside. En este nosotros objetivo, el yo no se borra ni se reabsorbe, sino que se comprende, en forma de voz individual en el coro, de gesto de cada uno que se armoniza con los demás. Para sanar es necesario despertar el sentido del gran estilo de la oración, tan grande que abarca toda nuestra vida: « el camino hacia estas metas es la disciplina, la renuncia a un sentimentalismo blando; un trabajo serio, realizado en obediencia a la Iglesia, en relación con nuestro ser y nuestro comportamiento religioso» (DD 50).

La presunción se cura con la gratuidad

La otra forma de herejía contemporánea es la que se presenta bajo la forma comprometida y generosa de quienes viven la vida, la profesión y la fe como ascetismo y compromiso: el neopelagianismo. Esto, además de correr el riesgo de adoptar un estilo crítico hacia quienes son menos capaces de realizar esfuerzos de voluntad, refuerza la espiritualidad del individuo autónomo que se salva a sí mismo, ya tan afín a la cultura del mérito. La Palabra, en cambio, anuncia que toda buena primicia debe reconocerse como gracia, porque « Mi padre era un arameo errante» (Deut 26,5), y si yo obtengo frutos de una tierra en la que trabajar, debo reconocer que él, el nómada, no era peor que yo porque no los tenía, sino que es gracias a él y a Dios que ahora tengo una cesta de primicias en la mano. Si el neopelagianismo nos intoxica con la presunción de un bienestar y una salvación ganados con nuestras propias fuerzas, la liturgia traslada la conciencia a otra economía:

... la celebración litúrgica nos purifica proclamando la gratuidad del don de la salvación recibida en la fe. Participar en el sacrificio eucarístico no es una conquista nuestra, como si pudiéramos presumir de ello ante Dios y ante nuestros hermanos. El inicio de cada celebración me recuerda quién soy, pidiéndome que confiese mi pecado e invitándome a rogar a la bienaventurada siempre Virgen María, a los ángeles, a los santos y a todos los hermanos y hermanas, que intercedan por mí ante el Señor: ciertamente no somos dignos de entrar en su casa, necesitamos una palabra suya para salvarnos (cfr. Mt 8,8). No tenemos otra gloria que la cruz de nuestro Señor Jesucristo (cfr. Gál 6,14). La Liturgia no tiene nada que ver con un moralismo ascético: es el don de la Pascua del Señor que, aceptado con docilidad, hace nueva nuestra vida. No se entra en el cenáculo sino por la fuerza de atracción de su deseo de comer la Pascua con nosotros: Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar (Lc 22,15). (DD 20).

También en este caso hay un objetivo que me viene al encuentro, sin cuestionar mi singularidad, pero sacándola del aislamiento. Hay un

deseo que no es mío y que precede a mi acogida, por generosa que sea. Y tampoco mis carencias dan lugar a esa ansiedad por el rendimiento que tanto envenena hoy en día a los más capaces. Por fin podemos despojarnos de estas fatigosas vestiduras para acoger «el vestido nupcial de la fe que viene por medio de la escucha de su Palabra (cfr. Rom 10,17)» (DD 5).

Para compartir en grupo:

- ¿Qué puedo reconocer en mí de la enfermedad espiritual que hace que mis razones y mis sentimientos parezcan tan irrenunciables?
- En mi rigidez, ¿puedo reconocer lo que hace que la fe sea un esfuerzo de voluntad y me impide maravillarme del don de la gracia?
- ¿Cómo podemos cultivar la actitud de asombro ante el misterio? ¿Con qué gestos, ritos, palabras y actitudes nos invita la liturgia a ejercerla?

La formación litúrgica

Necesitamos una formación litúrgica seria y vital

Si nuestras energías eclesiales dejan de dispersarse en una estéril controversia sobre la reforma litúrgica o en prácticas apresuradas y burdas en las que se ha banalizado con demasiada frecuencia, entonces queda claro que tenemos ante nosotros una misión capital: «CITA». Francisco responde con claridad: « Necesitamos una formación litúrgica seria y vital.» (DD 31). El concilio fue muy explícito al respecto, proponiendo, junto a la necesidad de reformar los ritos, un serio programa de formación litúrgica. Al mismo tiempo que afirma esto, la Iglesia confiesa que la liturgia nunca funcionará por sí sola,

sino que necesita estructuralmente una labor paciente capaz de iniciarnos y formarnos en ella. Cuando hablamos de formación litúrgica, debe quedar muy claro que no nos referimos a la necesidad de proporcionar el mínimo bagaje de información suficiente para comprender lo que luego se vivirá en el rito. El reto es mucho más amplio y no se agota en la útil labor cultural.

la cuestión fundamental: ¿cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? La reforma del Concilio tiene este objetivo. El reto es muy exigente, porque el hombre moderno – no en todas las culturas del mismo modo – ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, que es una característica esencial del acto litúrgico. (DD 27).

Volver a ser capaces de simbolizar

Ya a principios del siglo XX, Romano Guardini, el autor más citado y verdadero padre espiritual de esta carta apostólica, lamentaba que el hombre moderno se hubiera vuelto analfabeto en cuanto al significado simbólico de la realidad y los ritos. Un siglo después, podemos repetir las alarmas de este sacerdote apasionado por la pedagogía, que llegó a estudiar y ocuparse de la liturgia precisamente al darse cuenta de que solo a través de una nueva alfabetización litúrgica se podía ayudar en la educación de la fe de los jóvenes. La investigación de Guardini sigue siendo útil para nosotros: si bien es cierto que la posmodernidad no ha resuelto este problema, se puede afirmar, como hace Francisco, que la fragmentación del discurso del sentido se ha agravado aún más.

Aquí se plantea la cuestión decisiva de la formación litúrgica. Guardini dice: «Así se perfila también la primera tarea práctica: sostenidos por esta transformación interior de nuestro tiempo, debemos volver a aprender a enfrentarnos a la relación religiosa como hombres en el sentido pleno». Esto es lo que la liturgia hace posible, para esto debemos formarnos. El mismo Guardini no duda en afirmar que sin formación litúrgica, «las reformas en el rito y en el texto no ayudan mucho».

La formación en la liturgia

Para Guardini está claro: lo simbólico es fundamental para ser verdaderamente humanos. Solo así se puede volver a la sensibilidad de quien sabe ver, como san Francisco, detrás de un elemento de la creación toda su gratuidad nunca dada por sentada, que recuerda la gracia del don de la vida y del ser. O ser capaz de mirar un alimento con la profundidad de quien vislumbra el milagro de su bondad. O percibir el cuerpo humano en la profundidad simbólica que guarda su misterio.

Ya no tenemos la mirada de San Francisco, que miraba al sol –al que llamaba hermano porque así lo sentía–, lo veía bellu e radiante cum grande splendore y, lleno de asombro, cantaba: de te Altissimu, porta significatione [14]. Haber perdido la capacidad de comprender el valor simbólico del cuerpo y de toda criatura hace que el lenguaje simbólico de la Liturgia sea casi inaccesible para el hombre moderno. No se trata, sin embargo, de renunciar a ese lenguaje: no se puede renunciar a él porque es el que la Santísima Trinidad ha elegido para llegar a nosotros en la carne del Verbo. Se trata más bien de recuperar la capacidad de plantear y comprender los símbolos de la Liturgia. No hay que desesperar, porque en el hombre esta dimensión, como acabo de decir, es constitutiva y, a pesar de los males del materialismo y del espiritualismo –ambos negación de la unidad cuerpo y alma–, está siempre dispuesta a reaparecer, como toda verdad. (DD 44).

«La liturgia no se refiere al conocimiento, sino a la realidad», escribía Guardini en *Formación litúrgica* en 1923: no se trata de aprender algo, sino de estar en el mundo sin reducciones. Para alcanzar esta capacidad, se abre toda esa exigente labor que parte del estudio serio de la liturgia y no descuida la delicada mediación de lo descubierto a todos. Pero la formación en la liturgia, como hemos visto en repetidas ocasiones, no es una cuestión de cursos o de academia, sino de acción celebrativa ordinaria. Más que en las escuelas, Francisco confía en las comunidades concretas:

Pienso en la normalidad de nuestras asambleas que se reúnen para celebrar la Eucaristía el día del Señor, domingo tras domingo, Pascua tras Pascua, en momentos concretos de la vida de las personas y de las comunidades, en diferentes edades de la vida: los ministros ordenados realizan una acción pastoral de primera importancia cuando llevan de la mano a los fieles bautizados para conducirlos a la repetida experiencia de la Pascua. Recordemos siempre que es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, el sujeto celebrante, no sólo el sacerdote. El conocimiento que proviene del estudio es sólo el primer paso para poder entrar en el misterio celebrado. Es evidente que, para poder guiar a los hermanos y a las hermanas, los ministros que presiden la asamblea deben conocer el camino, tanto por haberlo estudiado en el mapa de la ciencia teológica, como por haberlo frecuentado en la práctica de una experiencia de fe viva, alimentada por la oración, ciertamente no sólo como un compromiso que cumplir. En el día de la ordenación, todo presbítero siente decir a su obispo: «Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor». (DD 36).

Es fundamental que los ministros ordenados hayan recibido una sólida formación litúrgica durante sus años de preparación, pero esto no es suficiente. Será necesaria la humildad de quienes, durante toda su vida y por amor a Dios y a su comunidad, continúan formándose y cultivando el asombro. Pero este no es más que el primer sentido de la formación litúrgica y, quizás, también el más practicado.

La formación a partir de la liturgia

Cuando, en cambio, se confía en la celebración, se deja llevar por su ritmo y se entra en su acción simbólica, entonces los diferentes ritos cristianos pueden finalmente expresar su naturaleza, que transforma eficazmente a los presentes en el Cuerpo místico de Cristo.

Esta implicación existencial tiene lugar –en continuidad y coherencia con el método de la Encarnación– por vía sacramental. La Liturgia está hecha de cosas que son exactamente lo contrario de abstracciones espirituales: pan, vino, aceite, agua, perfume, fuego, ceniza, piedra, tela,

colores, cuerpo, palabras, sonidos, silencios, gestos, espacio, movimiento, acción, orden, tiempo, luz. Toda la creación es manifestación del amor de Dios: desde que ese mismo amor se ha manifestado en plenitud en la cruz de Jesús, toda la creación es atraída por Él. Es toda la creación la que es asumida para ser puesta al servicio del encuentro con el Verbo encarnado, crucificado, muerto, resucitado, ascendido al Padre. Así como canta la plegaria sobre el agua para la fuente bautismal, al igual que la del aceite para el sagrado crisma y las palabras de la presentación del pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre. (DD 42)

Este sería el punto maduro al que puede llegar la reforma de los ritos y de la Iglesia imaginada por el concilio. Celebrar significa recorrer el camino de la encarnación y aprender la gracia de las cosas concretas que involucramos en el rito. Una vez reaprendido el encanto hacia la creación bendita, seremos conducidos a ver la profundidad simbólica de nuestro propio cuerpo, saliendo de los excesos contemporáneos que lo convierten en un ídolo que debe permanecer siempre joven o en un objeto que hay que explotar, como si no fuera el templo del Espíritu. «El hecho es que no se puede dar valor al cuerpo sólo desde el cuerpo. Todo símbolo es a la vez poderoso y frágil: si no se respeta, si no se trata como lo que es, se rompe, pierde su fuerza, se vuelve insignificante.» (DD 44). Solo una larga y paciente práctica del acto de fe ofrecido a los más pequeños y celebrado nos devuelve la capacidad de mirar todo con el encanto necesario. Pero llega el momento en que la liturgia se hace propia:

A partir de ese momento, ese gesto, su fuerza simbólica, nos pertenece o, mejor dicho, pertenecemos a ese gesto, nos da forma, somos formados por él. No es necesario hablar demasiado, no es necesario haber entendido todo sobre ese gesto: es necesario ser pequeño, tanto al entregarlo, como al recibirlo. El resto es obra del Espíritu. Así hemos sido iniciados en el lenguaje simbólico. No podemos permitir que nos roben esta riqueza. A medida que crecemos, podemos tener más medios para comprender, pero siempre con la condición de seguir siendo pequeños. (DD 47)

El arte de celebrar y la disciplina liberadora

El resultado de la obra de formación litúrgica es la práctica del arte de celebrar. Como todo arte, también este necesita un estudio serio, necesario pero no suficiente. Es además una forma de escuchar al Espíritu que actúa en cada celebración: es la sensibilidad a su delicada inspiración lo que nos libera de todo subjetivismo inaceptable o acto de prevaricación cultural, que nada tiene que ver con la inculturación. Por eso, *el ars celebrandi* excluye toda improvisación y manipulación. Se trata más bien de estar poseídos por el rito que de poseerlo:

... el arte de celebrar no se puede improvisar. Como cualquier arte, requiere una aplicación asidua. Un artesano sólo necesita la técnica; un artista, además de los conocimientos técnicos, no puede carecer de inspiración, que es una forma positiva de posesión: el verdadero artista no posee un arte, ni es poseído por él. Uno no aprende el arte de celebrar porque asista a un curso de oratoria o de técnicas de comunicación persuasiva (no juzgo las intenciones, veo los efectos). Toda herramienta puede ser útil, pero siempre debe estar sujeta a la naturaleza de la Liturgia y a la acción del Espíritu. Es necesaria una dedicación diligente a la celebración, dejando que la propia celebración nos transmita su arte. (DD 50)

Es evidente que la actitud de los ministros ordenados será decisiva en este sentido, pero es toda la asamblea celebrante la que se hace capaz de esta inspiración artística. Cuando la comunidad reunida sabe reunirse, caminar junta, callar para escuchar, aclamar unida, cantar, no mortifica las diversidades, sino que educa para descubrir el gusto de la unidad, de la comunión. El efecto no es la adquisición de un protocolo litúrgico, sino de una disciplina sublime que, en el sentido en que habla Guardini, pone orden en nuestro mundo interior y sabe involucrar al cuerpo personal y comunitario en su totalidad. Francisco dedica una atención muy especial a algunos gestos litúrgicos significativos y sutiles: el silencio (DD 52) y el arrodillarse (DD 53). En los diferentes momentos en que lo prevé el rito, el silencio no es un momento en el

que cada uno se refugia en su interioridad privada, sino todo lo contrario, es el culmen de toda la tensión ritual porque es el símbolo de cómo el Espíritu Santo nos habla y nos forma juntos. También arrodillarse tiene su arte: doblegamos nuestro orgullo ante el Misericordioso, le suplicamos que intervenga, le damos gracias por lo que hemos recibido, le adoramos. El gesto es a la vez corporal e interior.

Por último, se dirigen palabras muy duras a los presbíteros en los números 54-60, que condicionan «para bien o para mal» la forma en que las comunidades viven la celebración. Francisco pide con refinada severidad que termine la época, que ya ha durado demasiado, de las actitudes inadecuadas y exageradas de personalismo celebrativo, que revelan una malsana manía de protagonismo. No sirve de nada publicar más directrices o censuras canónicas: el ministro solo cambiará cuando recupere la delicadeza sacramental de su función.

La norma más excelsa y, por tanto, más exigente, es la realidad de la propia celebración eucarística, que selecciona las palabras, los gestos, los sentimientos, haciéndonos comprender si son o no adecuados a la tarea que han de desempeñar. Evidentemente, esto tampoco se puede improvisar: es un arte, requiere la aplicación del sacerdote, es decir, la frecuencia asidua del fuego del amor que el Señor vino a traer a la tierra. (DD 57)

Si el presbítero está formado por este asombro, entonces no presidirá tomando asiento como en un trono, no robará la centralidad al altar, modulará la voz con refinamiento según los textos que proclame o cante.

Para compartir en grupo:

- Leamos juntos los números 48-60 de DD. Verifiquemos juntos: ¿cuáles son los puntos fuertes de la forma de celebrar de nuestra comunidad?
- Intento discernir un objetivo claro y posible en el que personalmente podría seguir desarrollando mi arte de celebrar.

Conclusión e invitación

La *Desiderio desideravi* del Papa Francisco representa un *unicum* en el magisterio litúrgico. La serenidad del texto deja entrever la gravedad del momento, pero opta por confiar en la espiritualidad de todo el pueblo de Dios. Se nos ofrece un texto *sui generis* que, a través de un lenguaje accesible y alentador, pretende renovar la participación activa y consciente en la liturgia, superando polémicas estériles y promoviendo una Iglesia en camino hacia el Reino.

[illegible]

Publicación editada por el Secretariado del FIAC

TEXTOS DE Don Marco Gallo



FIAC – Forum Internacional de Acción Católica

Via della Conciliazione, 1 00193 Roma – Italia

Tel. 0039 06 661321

www.catholicactionforum.org - info@catholicactionforum.org

Roma, marzo de 2026

INVITACIÓN A LEER
LA CARTA APOSTÓLICA
SOBRE LA FORMACIÓN LITÚRGICA DEL PUEBLO DE DIOS

DESIDERIO DESIDERAVI

La frescura de la liturgia

... si el Resucitado fuera para nosotros el recuerdo del
recuerdo de otros, tan autorizados como los
Apóstoles, si no se nos diera también la posibilidad
de un verdadero encuentro con Él, sería como
declarar concluida la novedad del Verbo hecho carne.
La fe cristiana, o es un encuentro vivo con Él, o no es.
La Liturgia nos garantiza la posibilidad de tal
encuentro.

Desiderio desideravi, 10-11